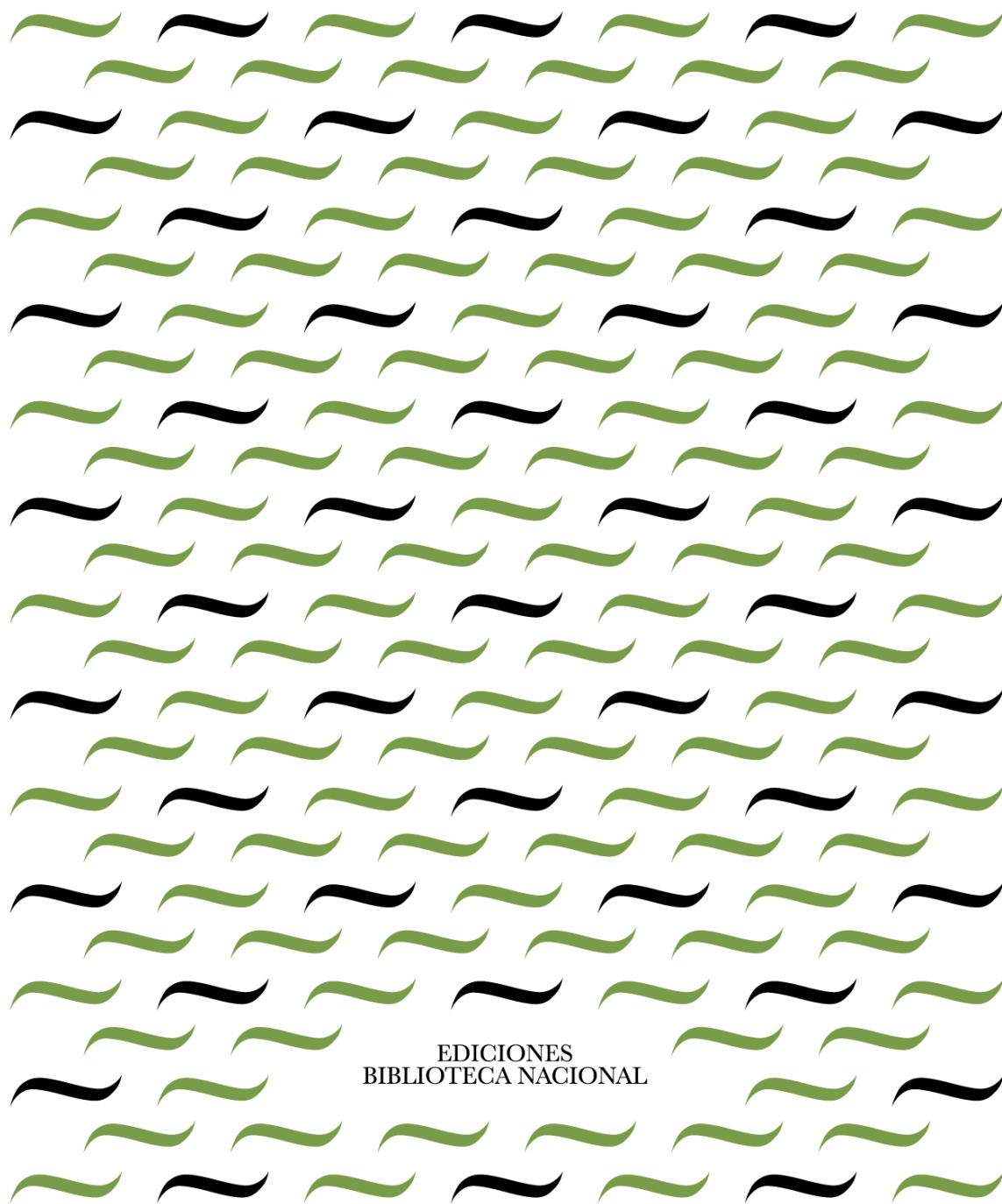


# МАРОСНО

1ER SEMESTRE

REVISTA DE HUMANIDADES

Nº85 / 2019



EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL

# TAL VEZ EXILIO

(DE HISTORIA, VIDA COTIDIANA  
Y SABER DE EXPERIENCIA)

*Francisco José Martín\**

\* Universidad de Turín.

Tal vez el exilio no tenga prólogos. Ni prólogos ni preámbulos, exordios o advertencias. Tal vez no. Ni prólogos ni epílogos, pues su *logos* desborda el lenguaje acostumbrado y la sabia disposición que dicta la retórica para los elementos compositivos del relato. El exilio empieza sin anuncios, sin más, como un amanecer inesperado, como un dolor repentino, como un accidente irreparable. Y no termina, sino que se hunde en el infinito sin conciencia del olvido, como el lento abandono de los ríos que se pierden en el océano lejano, más allá de la línea del horizonte que confunde mar y cielo. Empieza sin más, o irrumpe, como un poema. No una novela, sino un poema cuya incontenible intensidad interrumpe todo y todo altera, tal vez como la muerte, que hiela los corazones y por un momento deja sin palpito la vida toda, la que se va y la que se queda, o como el desamor que mide la tristeza deshojando margaritas, acaso sin ganas, sin ilusión tal vez, sin esperanza siempre.

Tal vez no decir más. O tal vez decir algo -apenas nada y en voz baja- que sirva de intento para apuntar un camino posible. Para que se transite, si acaso, o tal vez para que pueda verse de lejos cómo se pierde en la espesura o el desierto. Algo así como un ensayo que no persigue certezas y que asume la plenitud de su seguro fracaso. Para volver a pensar lo ya pensado, y descubrir tal vez -pero sin mérito- lo que en el tiempo permaneció impensado. Como un antiguo olvido, como una desatención sin nombre.

## I

Tal vez no sea posible una historia del exilio. Tal vez no. Una historia, en propiedad, adecuada a su misma naturaleza, a su carácter huidizo e inaprensible, a la irreductibilidad de su radical experiencia. Acaso porque entre el exilio y la historia, entre la forma íntima del uno y la exterioridad de los relatos de la otra, haya una suerte de desajuste esencial, de fundada incompatibilidad, lo que no quiere decir, desde luego, que no puedan escribirse historias en el exilio, o desde el exilio, claro que no, sino, más bien, que lo que no puede hacerse —sin pervertirlo— es dar forma histórica a la multiplicidad experiencial del exilio. Y ello, no porque la multiplicidad de relatos no pueda reducirse a un solo relato, que tampoco, sino porque la experiencia del exilio reconduce siempre e inevitablemente al dominio de lo negativo, a una falta que en modo alguno cabe poder alojar en ninguna de las formas posibles de ningún relato histórico. En efecto, porque ¿cómo contar, cómo narrar o simplemente dar cuenta de lo que no fue? De lo que pudo ser y no fue. De lo que hubiera podido ser y la historia abortó sin decencia ni piedad. De los futuros frustrados y de las esperanzas rotas que se perdieron en lo incumplido que da forma sustantiva a la vida del exilio.

Y no es que la historia —ninguna historia— se construya necesariamente desde la multiplicidad de los relatos experienciales, pero, en cualquier caso, busca siempre su apoyo en fuentes y documentos en aras del esclarecimiento de los hechos, pues son estos —los hechos consumados— los que organizan el relato histórico con una lógica que se levanta desde la positividad de su efectivo acontecimiento. Pero el exilio, al contrario, como queda dicho, tiene que ver con el acontecimiento de lo negativo, con lo que en efecto deja de pasar, con el “cementerio de promesas” del que hablara Francisco Ayala, o con el “futuro interrumpido” del que tanto eco se hizo la obra de María Zambrano. El exilio no es algo que cierra un futuro y abre otro, sin más, como quien cambia de dirección en el curso de su vida (un nuevo trabajo, un nuevo amor, un hijo, otra ciudad, etc.), sino algo que aloja la imposibilidad del futuro pensado y aceptado —planeado y querido— en el desarrollo innatural de una vida sucesiva arrojada a la intemperie. Porque innatural es, de suyo, el exilio, por más que sea una experiencia constante en las historias de esta humanidad nuestra tan a la deriva de sí misma.

Innatural es tener que abandonar la propia casa sin querer hacerlo. Aunque no siempre a esto se lo llame exilio y se hagan distinguos y se establezcan jerarquías impropias con cierto desparpajo y no poca desvergüenza. De hecho hoy se habla mucho de flujos migratorios y se los separa de las experiencias de exilio porque —dicen— lo que los provoca, la obligatoriedad de la causa, tiene una explicación económica y no política, como parecería exigir la más precisa consideración de exilio. Olvidan, sin duda, que esas causas y concausas económicas de hoy tienen una incontrovertible raíz política en actuaciones de ayer perpetradas por los estados nacionales de las principales potencias mundiales. El hambre de África tiene su explicación política en la colonización salvaje antaño llevada a cabo con perfecto espíritu europeo. Los desplazamientos indígenas en América Latina tienen que ver con políticas desarrollistas que privilegian un concepto de bien común tan falso como inadecuado e insuficiente, por no decir simplemente perverso. Como las hileras en fuga de las guerras que no cesan y de los campos de refugiados. Y no se trata de evitar —como dicen— la construcción de un cajón de sastre donde todo quepa, o quepa de todo, sino, más bien, de saber establecer las debidas diferencias —las adecuadas, las pertinentes, las que hacen a cada caso— dentro de una misma y genuina consideración categorial del exilio.

Innatural es el exilio, sin duda, por más que la historia nos haya habituado a su constante presencia, como un río de aguas lentas, tal vez oscuras y no siempre amables, que discurre bordeando los márgenes de cualesquiera oficialidades. Otra cosa es que se pueda naturalizar, incluso que se pueda establecer una jurisprudencia que trate de regularlo con leyes y decretos, pero esto, claro está, en modo alguno elimina la sustantividad negativa del exilio. Y es que el exilio se aloja en una quiebra, en una fractura que rompe el espacio y el tiempo naturales de la persona y acaba negando cualesquiera espacio y tiempo posibles.

Lo que en propiedad abre, el exilio, es una suerte de no-lugar y una especie de des-tiempo, conceptos éstos cuyo cabal entendimiento requiere la perfecta comprensión del acontecimiento de la negatividad en el reino de este mundo. Que no es el ámbito del no-ser conceptual, de la nada filosófica, sino una dimensión inhóspita para la vida humana. Una dimensión vital de suyo indeseable (hablamos del desierto y de la noche, del frío que abrasa los corazones y de la luz negra que ni brilla ni ilumina), aunque después pueda ser deseada (“amo mi exilio” llegó a decir María Zambrano). Pero la aceptación -incluso elección- no puede borrar el camino andado, anular las huellas del desamparo y la desolación más absolutas que imaginar cabe (un poeta anciano cruzando la frontera en un invierno incllemente, una joven filósofa atravesando las mismas montañas camino de ningún sitio, una fila de indefensión retenida en los controles ordinarios, un niño que no entiende en brazos de su padre sin nombre). El exilio es pasión: algo, pues, que se padece, que se sufre (aunque haya quien a la postre sea capaz de convertir ese dolor en vía de acceso hacia la liberación suprema). Es pasión, en efecto, y su aceptación o elección finales —incluso deseo o amor— no lo devuelven a la dimensión de la positividad en la que discurría la vida de la persona antes del exilio.

Domina lo negativo, sin duda. O debe hacerlo. Porque definir el exilio como simple ausencia de algo es comprometer su ontología. Bien es cierto que las ausencias constituyen la superficie del régimen de vida del exilio, que lo pueblan por doquier y que atraviesan su cotidianidad, y que, además, en sus relatos de ocasión se encuentran abundantes signos de una nostalgia radical y de redención imposible: de la casa abandonada, de la ciudad perdida, de los seres queridos a menudo olvidados en un paisaje irrecuperable. Pero en modo alguno la nostalgia representa el estado de ánimo más propio de la experiencia del exilio (aunque su canto abunde y no le falten aprendices de poeta). Es uno de ellos, uno más entre otros muchos, pero no alcanza a definir la compleja rotundidad de su experiencia. Y ello porque el exilio no es solo la ausencia de algo, concreto o inconcreto que sea, ni el sumatorio de una serie encadenada de ausencias (afectos, amores, ambientes, una plaza, una fuente, un jardín en otoño, un café que repara de la lluvia en invierno, el olor a pan reciente al volver una esquina, el ruido de un tranvía que evoca una felicidad perdida), sino la misma descarnada ausencia. No lo que falta, sino la falta misma -un vacío pleno, tal vez una plenitud vacía.

En esa falta, en esa grieta o quiebra de la historia, se aloja definitivamente el exilio. Y se abre hacia adentro, hacia esa dimensión en falta en la que el espacio y el tiempo de la vida naturalmente vivida hacen quiebra. En ese lugar y tiempo adversos en los que los hechos consumados no existen, o solo existen como memoria imposible de lo incumplido. De lo que dejó de cumplirse por el fatal aborto de la historia, por la hecatombe trágica que todo altera y desborda. En efecto, en la vida del exilio no cuenta tanto lo que hace o deja de hacer el exiliado

hacia adelante, sino el efectivo y devastador régimen de lo incumplido que ha quedado alojado hacia atrás en su vida como futuro imposible. Esa negatividad es lo sustantivo de su vida, su misma —pura y prístina— consistencia. Lo otro es mero detalle: los intentos de rehacer la vida en otra parte, las nuevas amistades, los nuevos trabajos, la nueva casa, el nuevo hogar, el amor tal vez, o la soledad acomodada, a la postre configuran una positividad de hechos consumados que se deslizan sin tocar siquiera el alma verdadera del exiliado. Su despojo, su desalojo, su obvia imposibilidad constatable más allá de las sumas y las restas de la vida. Su insobornable intimidad. El exiliado sabe —y si no lo sabe lo aprende— que no hay retorno posible. Que no podrá haberlo. Aunque lo haya. Aunque quiera, que sí quiere. Pero no, no lo habrá. Porque del exilio no se regresa nunca. No se puede. Nunca se puede. Porque el exilio está al otro lado de algo —una frontera invisible— que ya no comunica con el antes del después que su acontecimiento inaugura. Porque no hay perdón que cierre la herida y recomponga la fractura, ni redención que salve de la quiebra de la historia.

## II

Tal vez no haya cotidianeidad en el exilio. Tal vez no. Por más que el exiliado se esfuerce en rehacerla y encontrar un cierto orden perdido. Pero no hay tal, pues las apariencias velan una realidad íntima que ya no discurre linealmente, desde un inicio hacia un final, o de un origen a otro, en sucesión que hilvana uno tras otro los sucesos de una vida, dicha y desdicha, penas y alegrías, o lo que hubiere, sino que, más bien, acontece —la realidad del exilio— en una suerte de espiral anómala o círculos más o menos concéntricos que giran siempre alrededor de un mismo y obsesivo centro. Un centro oscuro del que nace la luz negra de lo negativo. Luz negra o tal vez fría o simplemente gélida: sin calor, sin color. Un grado cero que anula órdenes y saberes anteriores y se abre hacia la indómita oscuridad —tal vez frialdad— de una existencia nueva, hecha de restos, de deshechos y despojos que ya nada valen y a nada sirven. Círculos que giran y giran desacompañadamente alrededor de ese centro oscuro o grado cero obsesivos, que gravitan obligados por algo —una fuerza o qué— que se aloja en la quiebra de la historia, en esa hecatombe o falla que apareció primero como hecho sucesivo y después acabó elevándose a esa nueva dimensión trágica desde la que iba a reorganizarse todo. La vida y la historia. Lo grande y lo pequeño. El saber y el deseo. Todo. Pero tal vez sin orden ni concierto.

El orden de lo cotidiano repite gestos y actitudes en el lento -tal vez rápido- discurrir de la vida sucesiva. De la vida que se sucede a sí misma sin contratiempos ni sobresaltos tales que alteren la estructura formal del orden cotidiano (recon-

ciliaciones que siguen a disputas, saludos acostumbrados, abrazos que cancelan malhumores y silencios, besos que cambian de casa o se acomodan a una promesa lejana), y enlaza, además, con otras vidas, también ellas sucesivas (otras reconciliaciones y disputas, otros saludos, otros abrazos, otro besos), en una suerte de transferencia ritual dentro del orden supremo de la gran cadena del ser y de la vida. De su positivo acontecer en tanto que hechos consumados. Pero sucede que en el exilio esa vida sucesiva de su antes se quiebra y lo que acontece después ya no lo hace en sucesión de nada. Lo que se aborta en la quiebra es precisamente el sucesivo acontecer, su estructura íntima y profunda, pues lo abortado, en propiedad, carece de historia y de relato. Pero a la postre algo queda en vida. O con vida. Pues que el exiliado es quien sobrevive al propio aborto. Una suerte de muerte en vida es la vida del exilio. Y el exiliado, un superviviente privado del ser que iba a poder ser. En esa privación debe alojar su nueva vida. La que sigue a su segundo nacimiento. Pues no es de cosas o entidades concretas, sino privación de ser y de poder ser. Privación radical y ontológica, tal vez falta o pecado original con cuya culpa han de cargar los inocentes.

A menudo se habla de un “segundo nacimiento” para referirse al despertar a la vida consciente, pero también el exilio, en efecto, procede de una suerte de segundo nacimiento, de una segunda o nueva consciencia. Hannah Arendt tiene en propósito páginas esclarecedoras. Y más aún, si cabe, la propia María Zambrano. *Incipit vita nova!* El exiliado es el que nace en la quiebra de la historia. O el que la quiebra arroja de nuevo a la vida. El que sobrevive a la quiebra. El que muere y sobrevive en la quiebra de la historia. Indeseado al antes y al después. Presencia molesta a uno y otro lado. Exiliado es así quien vuelve a nacer, quien naciendo de nuevo muere definitivamente y queda en vida, pues aloja en ella —en la que en adelante va a ser su vida— los signos imperecederos de la propia muerte. Vuelve a nacer, sí, pero con un aborto. O de un aborto. Y lo que queda en vida, o con vida, es la misma muerte alojada en la misma vida. Un ser privado de su posibilidad de ser: no tal o cual cosa, sino mismamente privado de poder ser lo que iba a ser.

Con vida pero sin ser queda el exiliado, porque el aborto del que vuelve a nacer le vacía y le deja a la deriva de todas las tormentas de la historia. También de las tempestades propias de la humana existencia. A la deriva y a la intemperie. Y es que el connatural vacío del exilio procede del vaciado de un aborto. Por eso la del exilio, si lo fuere, que no lo es, sería una cadena del ser en falta hacia la nada. Pero no lo es, claro está, pues la quiebra hace saltar en añicos la cadena de la sucesión que era la vida antes del exilio. Del grado cero de la historia imposible del exilio no sale una línea hacia adelante y otra hacia atrás, una línea que atraviesa el espacio y el tiempo de la vida naturalmente vivida, sino, más bien, como queda dicho, círculos más o menos concéntricos o espirales asimétricas en fuga cuyo dibujo traza en la corriente de un río sin orillas el perfil de una vida imposible de contar.

Imposible porque no se sucede a sí misma. Imposible porque no sucede. Simplemente acontece -pero tal vez sin orden ni concierto. O si los tiene —el orden y el concierto, pues sin duda los tiene, debe tenerlos— quedan del otro lado de la humana comprensión que se sitúa del lado de acá de la vida sucesiva.

### III

Tal vez no haya saber en el exilio. Tal vez no. O si lo hay, que tal vez sí, sin duda, acaso quede —o no pueda quedar más que— del otro lado del lenguaje. Algo así como el saber derivado de una experiencia mística, de la que sin duda se vuelve iluminado, pero sin palabras, acaso mudos. Zambrano habló de esa mudez, de su significativa elocuencia -Panikkar también, desde luego, y los poetas, claro está, de Valente a San Juan. Solo que del exilio no se vuelve y es él mismo sin palabras adecuadas a su nombre.

Tal vez tampoco haya saber del exilio. Tal vez no. O si lo hay, que tal vez sí, sin duda, acaso sea -o no pueda ser más que- un denodado esfuerzo por vencer la mudez en que se instala su intraducible experiencia. Pues cómo traducir lo que no tiene nombre, cómo dar nombre a lo innombrado aún. Por eso el exiliado calla y su relato -si lo hubiere- está poblado de silencios. Pero sabe. El exiliado sabe. Y es un saber de experiencia: un saber que no se aprende en los libros, o con los libros, sino solo en carne propia, con las manos, con los ojos y los oídos abiertos, tal vez cerrados, con la inteligencia del sentir originario y a través de la pasión del propio padecimiento. Un saber de suyo intransferible, pues no son meros contenidos de conocimiento, sino algo que tiene que ver con la forma y se aloja en la estructura misma de la persona que lo sufre y cuya experiencia atraviesa. En toda experiencia hay siempre un residuo de ilegibilidad del que ni siquiera el sujeto —o lo que sea que es a lo que tal se llama— es capaz de dar plenamente cuenta o tomar clara conciencia. Pero en el exilio ese residuo se ensancha, crece sin freno, tal vez sin esfuerzo ninguno, pues no se trata solo de lo radicalmente individual que no acogen los nombres, de lo infinitamente pequeño que se hace imperceptible al tamaño de las palabras (el temblor de una hoja que se desprende y cae, el ruido de su choque contra el suelo, el desmayo del árbol, su latido) o de lo infinitamente grande imposible de contener en ellas (los gritos ahogados de Auschwitz, la esperanza que se sube a las pateras para cruzar el mar en invierno, lo divino de lo humano), sino, más bien, de algo jamás visto y jamás sentido de ese modo ni de ningún otro, tan desde dentro, tan sumergido en la mismidad de la experiencia, tan abismado en ella, tan en cuerpo y alma ensimismado, hasta el punto de confundirse con ella y ser esa misma experiencia. Ser en ella y con ella. O ser simplemente ella. Y no otra cosa, sino solo esa intransferible experiencia.



El saber del exilio remite, pues, al residuo de ilegibilidad de su experiencia. Si al saber científico o filosófico les es posible desligarse, incluso necesario, al del exilio no le es dado desprenderse de él. Es residual, sin duda, algo de suyo incommunicable, y, por lo mismo, que busca ser comunicado. Lo busca el exiliado. Lo busca también quien en el exiliado ve una figura de la revelación (como Zambrano, por ejemplo). Porque lo es, sin duda, aunque no lo sepa. En él —o con él— se desvela una verdad. Tal vez él no la tenga, tal vez no la posea, sino que más bien es él mismo quien está poseído por ella. Es *alétheia* y solo a su través se manifiesta. Aunque tal vez no se vea, o no se note, pues que no se muestra indiscriminadamente, como las otras verdades de la ciencia o de la filosofía que se conceden fácilmente o incluso se venden, al contrario, y si lo hace, cuando lo hace, es porque previamente se ha cumplido el camino del propio merecimiento. Y entonces se ofrece.

Un saber de experiencia que íntimamente se corresponde con la forma de los círculos más o menos concéntricos o con la espiral anómala o asimétrica con cuyas imágenes se ha intentado acercar la radical otredad del exilio. Y por lo mismo, un saber a lo que parece desorganizado, u organizado con una lógica diversa, de difícil comprensión y acceso. Acaso orgánico, aunque se desconozca el organismo. Acumulativo, pero sin síntesis alguna. De suyo no-progresivo, pues al igual que su experiencia da siempre vueltas y más vueltas alrededor de un centro que a la postre acaba mismamente descentrado. Sin avanzar nada, o en un avance que solo da vueltas y no se comprende. Por eso es tan importante saber atender a la forma interna de los *corpora* del exilio, pues requieren una filología propia, un diverso amor a las palabras, o, de otro modo, un tratamiento técnico que no es asimilable al de la textualidad de la vida sucesiva.

Terreno inhóspito es el exilio, sin duda, ya queda dicho, y no siempre sus frutos alcanzan sazón o forma adecuada, y quedan, a veces, como partes incompletas de un todo imposible y frustrado, fragmentos de escritura cuyo sentido está en otra parte, acaso en el envés de un fracaso, en una línea sin fe y luego abandonada, en el apunte de un cuaderno olvidado, tal vez perdido en el vaivén de una vida sin asiento. Y los que llegan —maduros o agraes que sean— no siempre alcanzan su destino y quedan dispersos en el espacio-tiempo del destiempo, en una suerte de disposición violada, en un ofrecimiento ignorado, negado en fin.

Y después, después del “entonces” que sigue a la quiebra de la historia, cuando las heridas se cierran y parecen cicatrizadas, es tiempo de poner las cosas en su sitio, o de intentarlo, y de buscar un lugar a lo que en mucho tiempo no lo tuvo. Pero que no haya engaño: que nadie piense que la experiencia del exilio pueda acogerse sin más, como algo que estaba fuera y ahora ha vuelto y se ofrece como si tal, como si nada, como si fuera posible recuperar la oquedad de un tiempo mancillado, el envés de un afán y los futuros abortados. Como si bastara la sim-

ple edición de unos textos para devolver su primigenio ofrecimiento y su más pura disponibilidad. Que nadie se engañe: obras que llegaron a destiempo y generalmente fueron editadas en condiciones poco favorables y quedaron dispersas, descuidadas, sin conexión unas con otras incluso a veces dentro de un mismo *corpus*, obras que luego vuelven a editarse como un rescate imposible de algo tal vez perdido para siempre, obras, en fin, que nada devuelven y nada reciben, que nada restituyen y nada puede serles ya restituido.

Por eso es que no basta la brillante y pulcra filología que enseñan las universidades y academias de renombre para llevar a cabo la “salvación” que precisan los frutos -acabados o no- del exilio. Hace falta un saber vital y una sensibilidad filológica capaces de remontarse al fracaso que son los textos del exilio, a sus privaciones, flaquezas y desalientos, a su no poder ser lo que hubieran querido ser, o podido, a la renuncia o ruina del sueño que les animaba, a la desesperanza sustantiva de un futuro usurpado que incumbe siempre como horizonte de referencia. No a lo que en él se ve, sino a lo que no se ve porque está más allá, tal vez del otro lado de la línea en que se confunden mar y cielo —el mar y el cielo. Así pues, al análisis y tratamiento técnico de la positividad de los textos del exilio hay que acompañar siempre de una paciente indagación por los oscuros senderos de su negatividad, buscando un equilibrio acaso imposible entre la luz y la sombra, entre la voz y el silencio. Tal vez un equilibrio integrador entre la realidad y el deseo. Una filología que potencie la lectura y que, como quería Ortega y Gasset, sea capaz de llevar a los textos por el camino más corto hacia el esplendoroso refulgir de sus mejores interpretaciones. Solo que, en este caso, no es corto el camino, y no requiere solo del positivo aprendizaje del instrumental filológico, que también, desde luego; sino que exige —ero es exigencia débil, sin intimación ni fuerza constrictiva, casi una invitación que puede amablemente declinarse, tal vez un ruego pronunciado en voz baja— el recorrido del merecimiento: la experiencia interior del sujeto —de la persona— capaz de hacer sitio dentro de sí y de disponerse a acoger en su intimidad la palabra exiliada. Porque la del exiliado es también, claro es, una palabra exiliada.

Del lenguaje, sin duda, del lenguaje común y corriente, cotidiano como un gesto repetido del que tal vez incluso llegó a perderse la consciencia (el saludo distraído en el ascensor, la misma llamada a la madre desde hace diez años camino del garaje, el perdón que se pide sin de veras pedirlo en un cruce de calles). La palabra exiliada carece del calor de esa cotidianeidad repetida, de ese uso o comercio diarios que confieren al lenguaje su constitutiva exterioridad, y, en cambio, acabó haciéndose solo íntima, refiriendo detalles invisibles para quienes la miran desde fuera. Leer, pues, las obras del exilio, leerlas bien, como se debe, requiere corresponder al exilio de su palabra, y exige —y es requisito definitivo— el aprendizaje especial de volver a la intimidad del lenguaje, a la exposición frente a frente con la palabra originaria, a la experiencia de un decir que es un nombrar.

Volver al decir originario de la lengua —pues el exilio devuelve, o nos devuelve, a la viva tensión de la correspondencia entre la realidad y el lenguaje. A la anterioridad de su olvido y del progreso sucesivos —tal vez desvelando su misma identidad, tal vez su ocasional alianza. Tal vez para mostrar la frivolidad de querer comprender el habitar humano desde la metáfora del exilio. Tal vez para mostrar que, siendo falsa, esa metáfora arroja una luz sobre la condición humana que nos hace entender mejor nuestro destino. El exilio, pues, tal vez...

